

## **LA EDAD DE ORO DE LA NACIÓN. CANON LITERARIO, SANTOS CULTURALES Y PRENSA ESPAÑOLA DESDE LA REVOLUCIÓN ROMÁNTICA A LA GLORIOSA**

CARMEN CALZADA BORRALLO  
MERCEDES COMELLAS  
FÁTIMA RUEDA GIRÁLDEZ  
*Universidad de Sevilla-Silem III*

El mito de la edad de oro, tiempo fabuloso de pureza e inmortalidad, tuvo un papel fundamental en la cristalización de las grandes narrativas nacionales decimonónicas (Baar 2010: 225). Al fijar una era mítica en el pasado de la nación se establecía un punto de referencia modélico sobre el que trazar tanto la continuidad histórica y cultural como la proyección de futuro. Además, la identificación de una edad dorada propia servía para demostrar y ostentar la posesión de una antigüedad étnica y un patrimonio cultural únicos, auténticos y adecuados, con los que competir frente a otras naciones en gloria y esplendor (Smith 1995: 63, 67). Por otro lado, a partir de esa edad de oro se articulaban recuerdos compartidos que contribuían de manera significativa a fomentar un sentido de pertenencia; cuanto más grandiosa y gloriosa se revelaba la nación, más sencillo parecía movilizar a la población en torno a un proyecto cultural común y consolidar una identidad colectiva. Incluso cuando las imágenes de este tiempo legendario se remontaban a varios siglos atrás, rastreando los momentos supuestamente cruciales de la construcción nacional y revistiendo de gallardía vestigios y sombras arcanos, aquella nostalgia no era tanto anticuaria como una necesidad de la propia actualidad. Las épocas áureas se asociaron a la homogeneidad étnica, la cohesión, el orden social y la soberanía estatal, y se tomaron, consecuentemente, como patrón dorado de la esencia nacional. Por ello

sirvieron al impulso por restaurar y renovar una comunidad de su decadencia presente, salvando la nación por el deseo mismo de “renacerla” a la hechura de épocas anteriores, purificándola de elementos extraños y realimentándose de su patrimonio cultural distintivo, fuente moral de virtudes (Smith 1995: 145-146, 1997: 39 y 2009: 36).

Según han estudiado Elgenius y Rydgren, la nostalgia resulta especialmente atractiva como mecanismo de orientación en tiempos de inestabilidad, cambios rápidos y condiciones inciertas (2022: 1230), como fueron los que acompañaron al Romanticismo<sup>1</sup>. Por otra parte, la relación reconstruida entre pasado glorioso idealizado, decadencia presente y futuro utópico se asemejaba en muchos aspectos a las narraciones cristianas de la caída y la redención, de tanto éxito en los albores de la Edad Contemporánea. De hecho, la edad de oro conjugaba las dimensiones política, cultural, étnica y moral en su “narrative of rebirth” y, apoyada en el marco del patrimonio cultural y en el discurso del pasado áureo, venía además a suplir el declive de las creencias religiosas, promoviendo nuevas formas de inmortalidad y permanencia (Elgenius 2011: 18-19; Elgenius y Rydgren 2022: 1230-1231). Las nuevas naciones buscaban en el pasado los mimbres para encaminar el recorrido que debía proyectarlas hacia la posteridad<sup>2</sup>. Mediante la propuesta de un modelo histórico que captase la relación entre la antigüedad y la época moderna se podía intuir también la ley que dominaba la evolución histórica futura<sup>3</sup>: la edad de oro iluminaba hacia delante, pero exigía al mismo tiempo volver la mirada hacia el pasado.

Las vacilaciones e incertidumbres del nuevo orden contemporáneo parecían amansarse a través de resortes como el de la tradición, que adquirió una dimensión inédita en virtud de la perspectiva histórica recién adquirida. La tradición implicaba una durabilidad frente al cambio inexorable y dotaba al paso del tiempo de cierta línea de continuidad lógica y natural. Era necesario surtir a la comunidad imaginada de la nación de unas tradiciones que solidificaran ciertos perfiles, dieran prolongación a rasgos que se hacían conectar con los mitos de origen y que relucieron deslumbrantes durante la edad de oro nacional: su

---

<sup>1</sup> La melancolía por el pasado ideal tiene un importante recorrido anterior al Romanticismo, del que son expresión cercana los Neoclasicismos ilustrados. Unos y otros buscaron apoyarse en imaginarios áureos, como la Antigüedad clásica en el caso de Winckelmann o el cristianismo primitivo en el romanticismo de Novalis, por citar dos ejemplos bien conocidos. En España competían —y convivían— como espacios de la nostalgia el tiempo idealizado de la Edad Media y el brillo imperial del “siglo de oro”.

<sup>2</sup> También en relación con el valor de la nostalgia y en la línea de lo defendido por Assunto (1990) y Taminiaux (1993), Acosta López (2005) ha estudiado cómo la mirada histórica de Winckelmann implicó a la vez un proyecto futuro.

<sup>3</sup> Es en el plano de la filosofía de la historia donde, según Costazza (2017: 87), se generaron las respuestas de Schiller o Friedrich Schlegel al relativismo estético producido por el historicismo, atendiendo justamente a esta relación del pasado con el futuro.

prestigio y antigüedad redundaba “en un poderoso argumento de legitimación nacional” (Calzada 2023: 130). Pero como estudió Hobsbawm en su ya clásico *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality* (1990; tr. 1998), la tradición que buscaron los Estados-nación surgidos de las revoluciones románticas, lejos de constituir una realidad previa, sólida y definida, resultaba ser una construcción moldeada por las élites sociales para justificar la existencia e importancia de las respectivas naciones y crear la imagen de una identidad cultural compartida. Con la asistencia de la disciplina historiográfica, se seleccionaron y diseñaron nuevas mitologías apoyadas en un espacio geográfico de fronteras rígidas, en unos orígenes fundacionales y en la impresión de continuidad en el tiempo; con ellas se naturalizaba la nación como sujeto histórico esencial (Boia 2002). Las identidades nacionales fueron así en gran medida inventadas y fabricadas a través de procesos de etnización a los que recurrieron tanto las nuevas naciones como los Estados europeos preexistentes, que debían adaptarse a las condiciones de legitimidad impuestas por el mundo contemporáneo. Pero las naciones no eran, o no son, solo cívicas, usando la expresión del volumen coordinado por Ferran Archilés (*No sólo cívica. Nación y nacionalismo cultural español*, 2018), sino también culturales, sin que valga además distinguir entre ambas facetas. Las tradiciones, convertidas en cultura nacional y reinventadas (o directamente inventadas sobre vestigios vagos), respaldaban los objetivos políticos, proporcionando un sentido de solidaridad y cohesión social a la nación, muchas veces apoyado por el sistema escolar y los servicios públicos. Entre dichas tradiciones destacaba —o incluso constituía su mejor manifestación viva— la literatura nacional, cuyo recorrido particular y distintivo trataba de diseñarse con las primeras historias literarias de cada lengua: nacía la historia de la literatura como disciplina al tiempo que las literaturas nacionales.

También en el caso español convivieron el nacimiento de la historiografía literaria, la construcción de la nación-Estado y la conformación de la edad de oro histórica que, no sin cierto debate, solía asociarse al imperio de los Austrias, tiempo asimismo de edificación del parnaso de nuestras letras áureas<sup>4</sup>. La definición moderna de la nación española y su conformación identitaria como nación liberal en el concierto de las nuevas naciones europeas se vivió entre la Guerra de la Independencia y la Revolución de 1868<sup>5</sup>. El proceso exigió una modelización

---

<sup>4</sup> Hubo de competir con la resignificación de la Edad Media, convertida no solo en origen de la nación, sino también en el espacio ideal de sus diferentes mitos identitarios: la condición cristiana o, para cierto sector, la naturaleza tolerante que hizo posible la convivencia de las tres culturas (Torrecilla 2016; Comellas 2017). Sobre la mitificación romántica de la Edad Media española, véase el volumen colectivo *La invención romántica de la Edad Media. Representaciones del Medievo en el siglo XIX* (2022), resultado del proyecto SILEM II (Comellas 2022).

<sup>5</sup> La Guerra de la Independencia, convertida por la historiografía liberal en el mito fundacional de la nación (Núñez Seixas 2018: 25), sigue considerándose generalmente el arranque

narrativa que, si bien no partía de la nada (García Cárcel 2006)<sup>6</sup>, era novedosa en su construcción histórica, puesta en escena y amplia difusión, como ha puesto de relieve la investigación más reciente. Frente a la tendencia de cierto sector de los historiadores a considerar que los esfuerzos de los aparatos del Estado por construir la identidad nacional durante el siglo XIX no llegaron a penetrar en la sociedad (De Riquer 1994; Álvarez Junco 2015), estudios recientes demuestran que la supuesta debilidad del proceso de difusión social de la identidad nacional española moderna no impidió su desarrollo y consolidación<sup>7</sup>. En las últimas décadas, la teoría sobre las naciones y los nacionalismos y los propios investigadores españoles especializados en el siglo XIX han discutido ampliamente

---

del nacionalismo español (De la Granja, Beramendi y Anguera 2001: 16; Pérez Garzón 2007; Elorza 2011). Ello no niega que con anterioridad se diera expresión a sentimientos nacionales, asociados también a empresas de la monarquía, o que se apunte una reformulación incipiente de las ideas sobre el Estado y la nación (Cabo Aseguinolaza 2010: 4), pero aún sin los componentes que incorpora el liberalismo político, y que no solo afectaron a la naturaleza del concepto, sino que lo elevaron a patrimonio general. Lo que habían sido manifestaciones particulares y más o menos esporádicas se convierten, con la generalización de un concepto de nación organicista e historicista (Andreu Miralles 2023: 242-243, que remite a Leerssen, 2006), en una afirmación colectiva y una exhibición constante de músculo emocional. Agradecemos a Xavier Andreu Miralles, César Rina y María Sierra la valiosa ayuda recibida. Véase también nota 6.

<sup>6</sup> Para García Cárcel, los liberales de las Cortes de Cádiz concibieron la nación española partiendo de una memoria histórica nacional preexistente (“que nunca fue unívoca”), combinada con ideas procedentes del pensamiento político extranjero. También Álvarez Junco (2015: 60) señala que el concepto “España” se apoyaba desde antiguo en lo que Elliott definió como “monarquía compleja” de tipo confederal y “toda una construcción cultural alrededor del término ‘Hispania’, y su sucesor ‘España’, que se había venido utilizando ampliamente desde las Edades Antigua y Media. Por supuesto que no se refería a una nación en el sentido moderno de esta palabra, sino a un espacio geográfico (que incluía siempre a Portugal)”. Por su parte, Sánchez León (2022) ha estudiado la concepción histórica de la nación española en el siglo ilustrado, a la que contribuyeron proyectistas y reformadores. Estas construcciones identitarias horizontales carecían propiamente de contenido político y no pretendían una legitimación de soberanía, por lo que pueden considerarse “protonacionales” (Hobsbawm 1998), concepto muy discutido por lo que tiene de teleológico: aquellas identidades “protonacionales” no siempre acabaron dando lugar a naciones, mientras que otras identidades nacionales contemporáneas se han construido sin contar con estas identidades previas, como la estadounidense, las naciones poscoloniales o algunas de la Europa del Este (Andreu Miralles 2016).

<sup>7</sup> Del debate entre historiadores daban noticia Martí y Archilés (1999), poniendo en cuestión ya por entonces la afirmación de la debilidad e insuficiencia de las políticas de nacionalización que, según Álvarez Junco, no lograron la fuerza y eficacia necesarias para sustentar la moderna idea de nación española (2015). En opinión de este último, la poca estabilidad en el imaginario histórico nacional o la discusión sobre diversos ideales nacionales habrían contribuido a la debilidad de esa identidad nacional, justificada por la falta de unidad en los proyectos nacionales españoles del siglo XIX. Sin embargo, Archilés argumenta que para cuando se abre el periodo de la Restauración, ya se había consolidado un “lenguaje de nación” hegemónico y suficientemente difundido en la esfera pública a través de muy diversas y numerosas instancias nacionalizadoras (2007).

la “tesis de la débil nacionalización”, defendida por Borja de Riquer (1994) y sostenida con variantes por Álvarez Junco (2001, 2015), argumentando que la convivencia de proyectos diversos compitiendo entre sí por la hegemonía no es una singularidad española ni un síntoma de debilidad, sino común a todos los procesos nacionalistas: como afirma Hutchinson (2005: 115-153), los procesos de construcción nacional son “zonas de conflicto” en permanente discusión y no pueden reducirse a la historia de la homogeneización cultural (Andreu Miralles 2016; Moreno Almendral 2017).

En el caso español, el éxito del proyecto de creación de la identidad patria puede medirse tanto en los dominios de la historia —con Modesto Lafuente como síntesis de las dos grandes tradiciones interpretativas (liberales) del pasado histórico nacional: la moderada y la progresista, según Andreu Miralles (2017: 84 ss.)—, como en los de la cultura y literatura. De esta última es precisamente ejemplo la extraordinaria popularidad y crédito de la demarcación “siglo de oro” como lugar histórico de nuestro parnaso<sup>8</sup>.

Si el proceso de construcción de la nación requería un imaginario que diera solidez a la supuesta identidad que la significaba, ningún venero podía aportar materiales de la calidad y atractivo que poseían los textos literarios. Se usaron como documentos que acreditaban las claves identitarias: una trayectoria histórica, el mantenimiento de un carácter, una disposición emocional, una personalidad distintiva. Sus personajes y hechos principales iban conformando una narrativa sugestiva, que también quedaba consagrada en un creciente repertorio de imágenes. Durante la segunda mitad del siglo xix, los autores áureos y sus textos —Quevedo, Lope, Calderón y, sobre todo, Cervantes— se convirtieron en uno de los motivos predilectos de la pintura histórica. El refrendo institucional quedaba explícito en la concesión de premios en exposiciones y certámenes, así como la adquisición de estas telas por parte del Estado, con preferencia cuadros que tratasen episodios o personajes políticos del siglo xvii (Pérez Vejo 2013). De esta manera, se generaba un universo visual que enfatizaba la dimensión cultural de la nación, y que podía permear fácilmente en la prensa a través de copias y grabados. Como aquellas imágenes plasmaron, la nación se expresaba poéticamente y cantaba a través de su parnaso, un coro de voces excelentes que concentraba en el periodo áureo su mayor potencial. En él coincide una lista de autores que ofrecía a los críticos decimonónicos la perfecta confluencia de la altura poética y el prestigio universal con la revalidación y actualización

---

<sup>8</sup> El marbete “siglo de oro” aparecerá en este volumen en minúsculas y entrecomillado para todos los casos en los que se refiere a una denominación literaria específica, estudiada y analizada desde distintas perspectivas en los diferentes capítulos. Cuando se use con su tradicional valor periodológico, se prescindirá de las comillas, así como en los casos de citas textuales o títulos, en los que se mantendrá la fórmula del original.

del espíritu nacional popular —que también se buscaba en formas de literatura tradicional, como los romances—. Los acentos poéticos del “siglo de oro” tendrían así vivo el núcleo emocional e identitario del pueblo y, desde las historias literarias, se constituían en materia conjuntiva, pero también mnemónica y pedagógica para las generaciones presentes (Pérez Isasi 2024). Por otro lado, la estructura narrativa de las historias literarias permitía tematizar a los personajes protagonistas. Los grandes escritores incorporaban no solo los modelos, el santoral cultural de la nación, sino también la emoción del relato histórico-literario. De hecho, su condición modelica parte de esa empatía que despertaban, de la relación emocional que se establece con ellos en su función de estandartes nacionales, y que llevaba al público a interesarse por sus rasgos psicológicos y por sus biografías, fácilmente engarzables al devenir de la nación.

El proceso de proyección de la identidad nacional sobre la tradición literaria estuvo apoyado por el auge de la prensa, que hizo posible la extraordinaria democratización del campo literario, difundiendo más allá de los límites eruditos las ideas sobre la historia literaria española y los habitantes de su parnaso, así como las líneas maestras del ideario nacionalista, cambiante y en proceso de definición. El portentoso desarrollo del periodismo durante el siglo XIX permite considerar la prensa como un incipiente fenómeno de masas de excepcional alcance e influencia en amplios sectores de la población (Seoane 1987: 11 ss.; Cazottes y Rubio Cremades 1997: 43 ss.). A través de las páginas de los periódicos, que se concebían a sí mismos como portavoces a la par que formadores de la opinión pública, la nación aparece como tema, pero también como una manera de hablar del mundo, un marco cognitivo que orienta el tratamiento de los análisis políticos, los artículos de variedades, las sátiras sociales y los comentarios culturales y literarios. Se configura así una nacionalización del lenguaje (Moreno Almedral 2017: 22) que fue especialmente propicia para los modelos de nacionalismo banal (Quiroga y Archilés 2018). La lectura de la prensa, por su naturaleza efímera pero multitudinaria y recurrente, se convirtió, como apreció Anderson (1983), en un ritual colectivo, por el que millares de personas leían o escuchaban los mismos artículos —y, por ende, imaginaban la nación en los mismos términos— durante una corta ventana de tiempo (que podía ser tan breve como unas horas, en el caso de las cabeceras que imprimían edición matutina y vespertina). Por otro lado, este mismo carácter popular, así como las vertiginosas condiciones de producción de la prensa decimonónica, obligaban a un lenguaje nuevo en la crítica literaria, vulgarizador, más didáctico y adaptado a las inquietudes inmediatas de un público mucho más heterogéneo que aquel al que pudieran estar destinadas las obras eruditas, candidatas estas últimas a permanecer en el tiempo y, en consecuencia, menos arriesgadas en sus afirmaciones. En el caso de la prensa, la exactitud y la profundidad crítica tenían necesariamente que quedar supeditadas al criterio de interés (capaz de motivar la compra del

periódico), especialmente en publicaciones generalistas. Todo ello fomentó en los artículos literarios simplificaciones, libertades artísticas y lugares comunes, que ganarían tracción gracias a la productiva costumbre decimonónica de la reproducción y el plagio entre cabeceras.

De esta forma, iba cristalizando y enraizándose la conciencia compartida de identidad nacional, cuyos mitos y rasgos concretos podían renegociarse o sustituirse con igual facilidad, según la línea de los distintos periódicos o revistas. En ese sentido, la prensa decimonónica, además de vehículo difusor, fue un espacio privilegiado de debate y contienda por controlar el relato hegemónico de la identidad nacional y su edad de oro literaria. Según advertía Antonio Benavides en *El Herald*o, “los lectores se acostumbran a esta lectura [la de la prensa], [y] modelan su modo de pensar por el artículo del periódico que tienen costumbre de leer” (Benavides 1843: 3), señalando cómo ese consumo cotidiano y masivo de la prensa convertía a los periódicos en “la causa y el efecto” de las opiniones del momento, lo que contribuía a configurar determinadas interpretaciones colectivas de los relatos sobre el pasado nacional. El hecho literario se veía sacudido en sus mismas raíces por este afán de actualidad que arrasaba con cualquier posibilidad de permanencia, lo que explica, sigue Benavides “el porqué, en esta era de libertad de imprenta y de progreso, son tan pocas las obras literarias que hemos visto dignas de llamar la atención de los doctos y propias de una nación que en épocas anteriores ha producido ingenios como los de Cervantes, Mariana y Solís” (Benavides 1843: 3). La edad de oro quedaba situada en un tiempo pasado y anclado en la permanencia, que era sin embargo revisitado constantemente por la agitación de los periódicos del presente.

Para dotar de una estructura sistemática el abordaje de las relaciones entre canon y nación, a partir de un corpus tan amplio como el que proporciona la prensa decimonónica, este volumen se articula en cuatro partes que buscan reflejar las distintas capas en las que se configura la narrativa literaria de la nación: desde la transformación de las categorías poéticas y el imaginario cultural en los comienzos del siglo, hasta la consolidación ideológica del canon, la tensión entre centro y márgenes en la representación de los autores nacionales y la persistencia de la comedia áurea como paradigma de la literatura nacional. Cada sección reúne contribuciones que dialogan entre sí y permiten reconstruir, desde distintas perspectivas, cómo la prensa fue espacio privilegiado para debatir y modelar la identidad literaria de la nación.

La primera parte, “Imaginario cultural en movimiento”, explora la participación de la prensa en la construcción de un imaginario literario nacional mediante la reformulación de criterios estéticos, la revisión del canon y la actualización de los vínculos con el pasado clásico y áureo. Abre la sección Christian von Tschilschke con unas páginas dedicadas a las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* (1803-1805), una de las publicaciones periódicas más interesantes del



comienzo de siglo y que proporciona una valiosa perspectiva para observar cómo la prensa se hizo con el espacio de nuevas formas de crítica literaria, diseñadas y probadas en sus páginas a partir de una concepción diferente del periodismo y la cultura. Para ello, y enlazando explícitamente con el título de la sección, parte de la idea de que esta cabecera refleja un “imaginario cultural en movimiento” en cuanto anticipa posiciones políticas y estéticas que solo se consolidarán plenamente tras la caída del absolutismo y el advenimiento del Romanticismo. A través de cinco criterios —el interés y la imaginación, la dialogicidad, la subjetividad, la revisión del canon y el carácter cosmopolita de las referencias—, Tschischke concluye que la revista no solo propone una reflexión sobre la literatura, sino que también participa en la construcción de un nuevo concepto de cultura.

El capítulo de Pedro Ruiz Pérez, “La producción del imaginario ‘siglo de oro’”, completa sus recientes y aceradas aproximaciones a este marbete historiográfico (2024 y 2025) con un análisis de su construcción y consolidación a través de la prensa decimonónica en conjunción con los procesos de formación de un modelo historiográfico-literario. Se pregunta así por el papel del periódico en el diseño del imaginario áureo para ofrecer un sintético panorama a través de diversas calas que combinan y entretajan varias dimensiones y perspectivas: los valores ideológicos, muchas veces contaminados de trazos políticos, morales y estéticos, la nómina de grandes nombres en los que puede sostenerse el imaginario nacional, la intervención de los círculos académicos y la extensión a la enseñanza, sin olvidar el papel de la prensa como modelo comunicativo de masas que hace posible la interconexión de los distintos niveles y estratos. La persecución analítica del “siglo de oro” en las páginas de los periódicos le permite adentrarse en las progresivas fases de edificación de un imaginario extremadamente productivo, para el que no faltaron tampoco contradicciones, resistencias o impugnaciones de distinto tipo, pero que al cabo demuestra el empeño en definir una centralidad de la tradición histórica literaria, asociada a un parnaso, que debía servir como colección de modelos para la comunidad y eficaz referente, cercano a lo mítico, de la cohesión nacional. La propuesta que ofrece de clasificación tipológica sirve como fértil planteamiento de aproximaciones sistemáticas a un fenómeno tan amplio como disperso, cuya unidad de fondo es sin embargo captada con penetración en estas páginas.

A la indagación de Pedro Ruiz sobre la construcción del imaginario áureo se suma el capítulo de Fátima Rueda Giráldez, que examina cómo la prensa de la primera mitad del siglo contribuye también a redefinir las categorías críticas en las que se apoya la configuración del canon nacional. En este caso, analiza la transformación del concepto de clasicismo —tradicionalmente asociado a la Antigüedad grecolatina—, que se amplía para incorporar a los autores nacionales, en especial a los del “siglo de oro”. A partir de la revisión de diferentes artículos, aborda la sustitución de la categoría tradicional de la imitación por la



del estudio, en una renovada concepción que tiene su origen en los escritos de Schlegel y otros autores alemanes del periodo. Este nuevo enfoque concibe el estudio como un proceso hermenéutico productivo y complejo, capaz de reinterpretar y moldear la Antigüedad desde el presente y con proyección hacia el futuro. Así, el capítulo rastrea, en primer lugar, la aparición de este concepto en las publicaciones periódicas españolas del *xix*, para luego analizar cómo esta visión permite reconfigurar el imaginario clásico con la incorporación de los autores áureos dentro de un concepto ampliado de clasicismo, empresa que en último término contribuye a la construcción de una identidad cultural propia.

La contribución de Mercedes Comellas, que cierra esta sección, parte de la alianza entre los procesos historiográficos y canónicos y la idea de que las naciones poseen un carácter, una suerte de naturaleza psicológica indeleble que nutre la savia de sus manifestaciones culturales. Ese “carácter nacional”, el “quiénes y cómo son” los españoles, su identidad histórica y personalidad literaria, asunto muy debatido en la prensa desde comienzo de *siglo xix*, permitía defender que el atributo creativo por excelencia de los españoles era la imaginación. A partir de las ideas de Herder y Schlegel, aquella convicción logró un reconocimiento internacional no igualado por las posteriores caracterizaciones de nuestra tradición literaria. Así que, antes de que triunfaran los lugares comunes sobre la naturaleza realista de la tradición literaria española (el “canon realista”), el repaso de la prensa entre 1801 y 1868 demuestra que la condición imaginativa se consideró su principal atributo. El significativo viraje posterior descubre que los valores literarios de la tradición nacional fueron adaptándose a los criterios en boga para defender en cada caso la preeminencia de la nación literaria.

Los tres capítulos de la segunda parte del volumen, titulada “Ideología, prensa y canon literario”, se centran en varios casos en los que el peso ideológico, insinuado en varios ejemplos del apartado anterior, se manifestó de forma explícita y adquirió un protagonismo singular. Los discursos y debates que se articularon en la prensa tomando como pretexto el canon literario llegarían a convertirse en estos casos en punto de partida para el proselitismo nacionalista. La contribución de Francisco Javier Caspistegui reflexiona, en primer lugar, sobre el valor de la expresión “edad de oro”, desde sus fuentes clásicas hasta los usos modernos. El sentido de una época mítica y utópica de armonía y paz ha alternado y convivido con la denotación de un tiempo histórico, pero de esplendor y prestigio. Este segundo polo, como evidencia el exponencial aumento de uso en prensa a lo largo del *siglo xix*, demostró ser muy productivo para la difusión del nacionalismo banal, que buscaba fórmulas con las que despertar la adhesión y el sentido de pertenencia de los ciudadanos. Aunque hasta ahora se había prestado más atención a las interpretaciones liberales, Caspistegui demuestra que la defensa de un pasado literario compartido sobre el que imaginar soluciones de continuidad también fue explotada por tradicionalistas y carlistas. Este capítulo

analiza las distintas —y a veces contradictorias— elaboraciones del “siglo de oro” español, según aparecen en la prensa de la época. Si frecuentemente el marbete funcionó como retrotopía cultural, caracterizada no por la altura estética, sino por la profundidad católica, no dejó de ser un espacio desde el que dirimir asuntos conflictivos del presente, como la pertinencia de la intervención de las instituciones religiosas en las esferas política e intelectual, o las actitudes hacia el mercantilismo o el progreso del siglo XIX. Todo ello, observa Caspistegui, con argumentos que buscaban distanciarse de los discursos históricos liberales, considerados extranjerizantes, y recurriendo como alternativa al concepto más difuso de ‘tradición’, del que se debatía si el Siglo de Oro era auténtica cifra.

No puede olvidarse en esta sección el papel que desempeñaron las polémicas en la construcción de la identidad nacional en la España del siglo XIX. A este tema dedica su capítulo Alfonso Calderón Argelich, quien se detiene en una serie de controversias en torno a la herencia histórica y cultural de los siglos XVI y XVII, desarrolladas al final del reinado de Isabel II y durante los años del Sexenio. Partiendo de la idea de que los cambios políticos de la época afectaron directamente a la nacionalización del pasado, el autor analiza cómo la controversia acerca del “auge” o la “decadencia” de la cultura española se trasladaba con frecuencia hacia la cuestión de la supuesta incompatibilidad entre catolicismo y valores liberales, contexto en el que la valoración del Siglo de Oro y su relación con una cultura confesional se convirtió en uno de los temas más controvertidos del momento. En este sentido, una de las preguntas más sugerentes que plantea el capítulo es la de si se puede concluir que la reivindicación de este legado cultural de los siglos XVI y XVII se llevó a cabo exclusivamente desde posiciones antiliberales. Calderón muestra cómo, en efecto, para los intelectuales y políticos de la época, uno de los dilemas más complejos fue decidir si la defensa de la tradición cultural española debía implicar el rechazo de la modernidad y el progreso, aunque, en un escenario político tan fragmentado, las nuevas oportunidades para debatir el papel histórico de la monarquía y el catolicismo no llegaron a cristalizar en un canon nacional alternativo. El estudio revela, en suma, cómo el “siglo de oro” se convirtió en un terreno de disputa sobre los valores del presente.

El capítulo de César Rina Simón, “Los ‘santos culturales’ en el espacio ibérico: agentes de nacionalización y rituales transnacionales”, amplía el foco de atención tanto temporal como geográfico para abarcar el completo ámbito peninsular, considerando las conmemoraciones organizadas para el *santanário* y centenario de Camões y Calderón de la Barca en 1880 y 1881, respectivamente. Parte y matiza el concepto de “santos culturales” elaborado por Marijan Dović y Jón Karl Helgason (2016), que en estudios recientes ha demostrado ser un instrumento teórico de gran utilidad para valorar los procesos de canonización de escritores y literatos en el último tercio del siglo XIX, especialmente en conexión con los movimientos de nacionalización de la ciudadanía. En el caso ibérico,

estos santos laicos, sustitutivos de una sacralidad cristiana, ofrecían un nuevo centro afectivo que sirvió de enraizamiento del sentimiento nacionalista, apoyado ahora en los nuevos valores seculares del positivismo y el progreso: el arte y la ciencia. Rina Simón evalúa cómo la prensa recogió y difundió el proceso de organización y celebración de la conmemoración de 1880, y analiza la competición que se desarrolló en las páginas periódicas por controlar el relato político desde el que justificar y orientar estos actos de *performance* colectiva. Su estudio desvela, entre otros aspectos, la conciencia que tuvieron políticos como Teófilo Braga de la importancia del componente emocional que activaban estos rituales cívicos, crucial para el éxito para la configuración de los imaginarios nacionales.

No podía faltar en la tercera parte del volumen, titulada “Centro y márgenes”, el estudio de cómo la prensa periódica decimonónica se convirtió en espacio privilegiado para la consagración canónica de Cervantes, pero también en medio de difusión, alimento y estímulo para las diversas polémicas que acompañaron su ascenso a la cima del santoral cultural español. Entre ellas se han abordado las más significativas, como fueron las surgidas en respuesta al magno *Comentario* (1833-1839) del académico Diego Clemencín al *Quijote*, o las que acompañaron la búsqueda de un imaginario iconográfico de su autor, así como el supuesto descubrimiento de nuevas obras suyas. El primer asunto ha sido estudiado por Ioannis Mylonás-Ojeda, quien, con el título de “El *Quijote*, cuestión pública: Diego Clemencín en la prensa y ante los lectores”, se centra en las múltiples y variables facetas del debate que suscitó la publicación del *Comentario* de Clemencín. Las notas gramaticales de este “verdadero monumento de erudición”, resultado de una lectura rigurosa y erudita del *Quijote*, fueron interpretadas por cierto sector de la crítica no académica como el anacrónico remanente de un sistema crítico superado: el del comentario neoclásico. De manera aún más grave, fueron consideradas por muchos una puesta en cuestión de la novela e inadmisibles reconvenciones a la obra consagrada ya como monumento nacional. La polémica tuvo su asiento en la prensa, que por entonces acompañaba con entusiasmo el ascenso hagiográfico de Cervantes a su trono del parnaso nacional. Mylonás-Ojeda la enfrenta tanto desde la amplia perspectiva del campo literario, cuyas condiciones, límites y diseño experimentaron una revolución de extraordinario alcance con el auge de los periódicos, como desde la alianza sin precedentes que los ámbitos estético y político-económico viven en el siglo XIX.

Por su parte, Isabel Román Gutiérrez enfrenta con el título “El cervantismo, de la historiografía a la prensa: de retratos, estatuas y falsificaciones” el papel de la prensa en la popularización de cuestiones cervantinas que, gracias a los periódicos, salieron del marco académico y se convirtieron en asuntos de interés nacional. De un lado, la imagen de Cervantes, que los nuevos modelos de difusión periódica y sus técnicas de ilustración exigían con ansia y buscaron con denuedo. En particular, la estatua del escritor que se ubicó en la plaza de

las Cortes en 1835 fue objeto de distintas polémicas reflejadas en los periódicos, en los que se reprodujo la escultura a falta de otra efigie, aunque no escasearon, sin embargo, las falsas versiones de la imagen cervantina en la prensa ilustrada. Pero la polémica más singular del cervantismo decimonónico, y cuya presencia en la prensa (su espacio natural y propio) Román Gutiérrez persigue con infinidad de referencias, fue la ocasionada por el supuesto hallazgo de *El Buscapié*, una superchería de extraordinario éxito protagonizada por Adolfo de Castro, su verdadero autor. El pastiche tuvo una resonancia inusitada, teniendo en cuenta que se trataba de un asunto filológico en el que solo los expertos en la obra cervantina contaban en principio con suficiente criterio para entrar en el debate. Sin embargo, la relevancia que la prensa concedió al caso, las constantes noticias sobre su publicación, los anuncios de la obra en las páginas de los periódicos y la controversia suscitada por el enfrentamiento entre grandes críticos posicionados en diferentes cabeceras hicieron del asunto de *El Buscapié* un debate nacional.

Tras estas disputas en torno a Cervantes, Mónica Burguera desplaza la atención hacia las figuras femeninas, trasladándonos desde el centro hasta los márgenes del Parnaso. En el marco de los más recientes enfoques sobre los estudios de feminidad en el siglo XIX, aglutinando los datos de la historia y la literatura y atendiendo a las culturas políticas como telón de fondo ineludible, Burguera explora cómo fue asumido el imaginario áureo femenino, centrado en la figura de Teresa de Jesús, por una de las autoras más ilustres del canon decimonónico, Carolina Coronado, y cómo, a su vez, la visión reivindicativa de Coronado revisitó a la santa, despojándola de sus atributos más conservadores para proponer una nueva visión de su figura. El capítulo, titulado “Teresa de Jesús en Carolina Coronado. Amor, política y religión en la construcción romántica de la feminidad moderna (1837-1857)”, entrelaza así distintas dimensiones, la religiosa, la sentimental, la tradición canónica y la política, para observar cómo Coronado construyó su imaginario autorial y su celebridad literaria desde la figura de Teresa de Jesús, usando además la prensa como vía de difusión de esta reivindicativa apropiación. Los artículos que la escritora publicó entre 1840 y 1850, en particular aquellos en los que desde el *Semanario Pintoresco Español* hacía dialogar a Safo con Teresa y que ocasionaron airadas respuestas desde la prensa carlista, ponían de su parte a las representantes más conspicuas del canon grecolatino y áureo.

El volumen concluye con la sección titulada “El drama áureo en la prensa”, dedicada al género más tempranamente identificado con la noción de la literatura nacional. Además de aparecer frecuentemente en las críticas y reseñas de las funciones teatrales, la comedia barroca fue el centro de numerosas y sonoras polémicas en la prensa que reflexionaron sobre los valores de la modernidad, la identidad nacional y el papel de la religión en la literatura. De interés para la recepción del Romanticismo en España fue la “querella calderoniana”, donde enfrentaron posturas defensores (liderados por Böhl de Faber) y detractores (re-

presentados por José Joaquín de Mora y Antonio Alcalá Galiano) de Calderón como modelo de poeta nacional, un conflicto que inmediatamente se volvió político. La contribución de Carmen Calzada Borrallo vuelve la vista a la segunda ronda de la querella, que se desarrolló en las páginas de la *Crónica Científica y Literaria* editada por Mora y en los diversos folletos que publicó Böhl de Faber, prestando especial atención a estos últimos. Propone una revisión de la perspectiva psicologista que despliega el alemán en sus escritos, y que beben de las teorías estéticas y filosóficas europeas de su tiempo. Esta revisión permite recalibrar el Romanticismo de Böhl de Faber, quien, junto al conservadurismo político y religioso, funda su antimodernidad en un rechazo a la alienación de la razón y un anhelo de pasado que cifra en la apoteosis de Calderón y de la nación española.

La prensa decimonónica también mantuvo vivas otras controversias que ya habían tenido recorrido en siglos anteriores, como la que se centraba en la comedia de santos, cuya tensión entre el componente piadoso de la fábula hagiográfica y el tono profano propio del arte nuevo la convirtieron en uno de los géneros más polémicos y cuestionados. En “Una aproximación a las miradas decimonónicas en torno a la comedia de santos barroca (1801-1868). Nuevas caras de una antigua controversia”, Natalia Fernández Rodríguez rastrea cómo se reaprovecha este debate en la prensa literaria del siglo XIX para plantear antiguas y nuevas valoraciones. Encuentra algunos intentos de reivindicación, numerosas detracciones y un debate sobre la relación entre la literatura, la emoción y la devoción que trasciende el género de las comedias de santos. Fernández Rodríguez desglosa y analiza las nuevas preguntas que planteaban para los críticos estas obras: ¿era posible traducir la emocionalidad piadosa que promocionaba el espíritu tridentino al nuevo régimen afectivo decimonónico?, ¿era el sentimiento devoto que reflejaban vívida imagen del sentir y el carácter nacional?, y, sobre todo, ¿eran compatibles con la nueva religiosidad del siglo, que operaba sobre la oposición entre materialismo y espiritualidad? La mayoría de las respuestas, con curiosas excepciones, son negativas y condicionarían los estudios de todo el siglo XX: un claro ejemplo de la huella profunda que la crítica decimonónica imprimió en nuestra comprensión del canon literario.

\* \* \*

Si el siglo XIX fue el gran mitólogo de la nación, la prensa fue su asistente imprescindible para asegurar el éxito y difusión de sus relatos, proceso en el que tuvo especial protagonismo la construcción de un canon literario y una visión cultural de la nación española. En las páginas de diarios y revistas se vehicularon importantes discursos críticos que contribuyeron activamente a la fijación de la idea de España y su literatura, cuyos detalles estuvieron marcados por continuas

disputas y reajustes, pero de los que fueron consolidándose ciertas curvas envolventes, siempre condicionadas por el formato y los valores que la prensa imponía a la crítica literaria: tópicos, lugares comunes que se convirtieron en elementos constitutivos de las grandes hagiografías literarias (con sus santos-poetas y sus milagros-obras), relatos de tintes heroicos y probada efectividad que perduran todavía hoy.

Sin duda, la esencialización y naturalización de la etiqueta conceptual “siglo de oro” fue uno de sus logros de mayor calado y pervivencia, fruto de un laborioso esfuerzo de construcción de una marca que alcanzó su diseño más conspicuo y su primera difusión en el siglo XIX. Este esfuerzo tuvo además una significativa y no siempre recordada dimensión ideológica, consignada en las páginas periódicas, en las que distintas voluntades políticas y sociales compitieron por controlar la narrativa sobre el “siglo de oro” español y su parnaso. Las investigaciones que siguen, desde sus distintas metodologías y acercamientos teóricos, contribuyen y animan a la necesaria revisión de este marbete y su origen, los mecanismos por los que se constituye, y la canonización de sus autores, que incluso cuando no funcionan como modelos de *imitatio*, se conciben como custodios de las virtudes morales y nacionales. En el núcleo de esta construcción, la prensa, lejos de la armonía de la Edad de Oro, se revela como un apasionante campo de batalla.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA LÓPEZ, María del Rosario (2005): “De la nostalgia por lo clásico al fin de lo clásico como nostalgia”, *Estudios de Filosofía*, 31, 39-64.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (2001): *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.
- (2015): “La conflictiva formación de la identidad nacional en la España del XIX”, en Yolanda Arencibia (ed.), *Galdós. Los fundamentos de una época. Actas del X Congreso Internacional Galdosiano*. Las Palmas de Gran Canaria: Casa-Museo Pérez Galdós/Cabildo de Gran Canaria, 59-69.
- ÁLVAREZ JUNCO, José y Gregorio de la FUENTE MONGE (2013): “La Edad de Oro en la primera generación liberal”, en Antonio Morales Moya, Juan Pablo Fusi, Andrés de Blas Guerrero (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 36-43.
- ANDERSON, Benedict (1983): *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- ANDREU MIRALLES, Xavier (2016): “La nacionalización española en el siglo XIX. Un nuevo balance”, *Spagna contemporanea*, 49, 169-184.
- (2017) “Què se’n va fer, dels fenicis?: Raça, història i nació a l’Espanya liberal (1830-1868)”, en Ferran Archilés (ed.), *Inventar la nació. Cultura i discursos nacionals a l’Espanya contemporània*. Catarroja: Editorial Afers, 63-96.

- (2023): “Bellezas y desaciertos. Gil y Zárate y el sustrato árabe de la literatura nacional en la España liberal”, en Mercedes Comellas (ed.), *Literatura para construir la nación. Estudios sobre historiografía literaria en España (1779-1850)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 233-274.
- ARCHILÉS, Ferrán (2007): “¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c. 1920)”, en Javier Moreno Luzón (ed.), *Construir España*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 127 -151.
- (ed.) (2018): *No sólo cívica. Nación y nacionalismo cultural español*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- ASSUNTO, Rosario (1990): *La Antigüedad como futuro. Estudio sobre la estética del neoclasicismo europeo*. Madrid: Visor.
- BAAR, Monika (2010): “The Golden Age. The Evolution of Master Narratives”, en Monika Baar (ed.), *Historians and Nationalism: East-Central Europe in the Nineteenth Century*. Oxford: Oxford University Press, 224-255.
- BENAVIDES, Antonio (1843): “Parte literaria”, *El Heraldo*, 437, 17 de noviembre, 3-4.
- BOIA, Lucian (2002): “Idéologie nationale et mythes fondateurs aux XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles”, en Gérard Peylet y Michel Prat (eds.), *Mythes des origines*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, 233-242, <https://doi.org/10.4000/books.pub.5035.5>
- CABO ASEGUINOLAZA, Fernando (2010): “The European Horizon of Peninsular Literary Historiographical Discourses”, en Fernando Cabo *et al.* (eds.), *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula*. Amsterdam: John Benjamins, 1-52.
- CALZADA BORRALLO, Carmen (2023): “España y la historia de la literatura según el primer hispanismo alemán”, en Mercedes Comellas (coord.), *Literatura para construir la nación. Estudios sobre historiografía literaria en España (1779-1850)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 129-162.
- CAZOTTES, Gisèle y Rubio CREMADES (1997): “El auge de la prensa periódica”, en Víctor García de la Concha (dir.), Guillermo Carnero (coord.), *Historia de la Literatura española. Siglo XIX (I)*. Madrid: Espasa Calpe, 43-59. [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-auge-de-la-prensa-periodica/html/93ade-c4a-f5c2-11e1-b1fb-00163ebf5e63\\_2.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-auge-de-la-prensa-periodica/html/93ade-c4a-f5c2-11e1-b1fb-00163ebf5e63_2.html).
- COMELLAS, Mercedes (2017): “Argumentos poéticos para un debate político: la poesía del Siglo de Oro en los años del exilio romántico”, *e-Humanista*, 37, 143-171.
- (coord.) (2022): *La invención romántica de la Edad Media. Representaciones del Medievo en el siglo XIX*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- COSTAZZA, Alessandro (2017): “‘Studio’ invece di ‘imitazione’. L’antichità classica come costruzione per i Classicisti e i Romantici tedeschi”, en Alessandro Costazza (ed.), *Il romantico nel Classicismo / il classico nel Romanticismo*. Milano: Edizioni Universitarie di Lettere economia Diritto, 87-104.
- ELGENIUS, Gabriella (2011): *Symbols of Nations and Nationalism: Celebrating Nationhood*. Basingstoke: Palgrave.
- ELGENIUS, Gabriella y Jens RYDGREN (2022): “Nationalism and the Politics of Nostalgia”, *Sociological Forum*, 37 (1), 1230-1243, <https://doi.org/10.1111/socf.12836>.
- ELORZA, Antonio (2011): “Estudio preliminar”, en *Luz de tinieblas: nación, independencia y libertad en 1808*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1-130.



- GARCÍA CÁRCCEL, Ricardo (2006): “El concepto de España en 1808”, *Norba. Revista de Historia*, 19, 175-189.
- GRANJA, José Luis de la, Justo BERAMENDI y Pere ANGUERA (2001): *La España de los nacionalismos y las autonomías*. Madrid: Síntesis.
- HOBBSAWM, Eric J. (1998): *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- HUTCHINSON, John (2005): *Nations as Zones of Conflict*. London: Sage, <https://doi.org/10.4135/9781446217979>.
- LEERSSEN, Joep (2006): *National Thought in Europe. A Cultural History*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- MARTÍN, Manuel y Ferran ARCHILÉS (1999): “La construcción de la Nación española durante el siglo XIX: logros y límites de la asimilación en el caso valenciano”, *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, 35 (3), 171-190.
- MORENO ALMENDRAL, Raúl (2017): “La nación de los sujetos: propuestas para una investigación de los fenómenos nacionales a comienzos de la época contemporánea”, *Rubrica Contemporánea*, VI (11), 5-23.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (2018): *Suspiros de España. El nacionalismo español, 1808-2018*. Barcelona: Crítica.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (2007): *Las Cortes de Cádiz: El nacimiento de una nación liberal (1808-1814)*. Madrid: Síntesis.
- PÉREZ ISASI, Santiago (2024): *La forja del canon. Identidad nacional e historia de la literatura española (1800-1939)*. Murcia: Universidad de Murcia.
- PÉREZ VEJO, Tomás (2013): “La representación de España en la pintura histórica decimonónica”, en Antonio Morales Moya, Juan Pablo Fusi, Andrés de Blas Guerrero (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 479-492.
- QUIROGA, Alejandro y Ferran ARCHILÉS (eds.) (2018): *Ondear la nación. Nacionalismo banal en España*. Granada: Comares.
- RIQUER I PERMANYER, Borja de (1994): “La débil nacionalización española del siglo XIX”, *Historia Social*, 20, 97-114.
- RUIZ PÉREZ, Pedro (2024): “Siglo de oro: otra mirada sobre la instauración de un concepto”, *Edad de Oro*, 43, 181-215, <https://doi.org/10.15366/edadoro2024.43.008>.
- (2025): “La popularización del canon áureo. *El Artista* y la prensa periódica romántica”, en Mercedes Comellas y Juan Montero (eds.), *La empresa historiográfica (1750-1844). Variaciones sobre la construcción de la literatura española*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 111-147.
- SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (2022): “La concepción de la nación española en la Ilustración: comunidad, tiempo, (im)política”, *Prismas*, 26 (1), 11-35.
- SEOANE, María Cruz (1987): *Historia del periodismo en España*, vol. II. Madrid: Alianza Editorial.
- SMITH, Anthony D. (1995): *Nations and Nationalism in a Global Era*. Cambridge: Polity Press.
- (1997): “The ‘Golden Age’ and National Renewal”, en Geoffrey Hosking y Goerge Schöpfunglin (eds.), *Myths and Nationhood*. New York: Routledge, 36-59.
- (2009): *Ethno-Symbolism and Nationalism: A Cultural Approach*. Abingdon: Routledge.

- TAMINIAUX, Jacques (1993): "The Nostalgia for Greece at the Dawn of Classical Germany", en Michael Gendre (ed.), *Poetics, Speculation and Judgment*. New York: State University of New York Press, 73-92.
- TORRECILLA, Jesús (2016): *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*. Madrid: Marcial Pons.